

que haya un Homero, un Virgilio, un Tasso, un Cervantes y un Shakespeare, es preciso que se cuenten por toneladas las producciones de la medianía. Para que haya un héroe en los altares, es menester que haya cien criminales en el patíbulo; para que haya un rico en la opulencia, es necesario que combatan, y lloren, y suden, y trabajen millares de criaturas en la pobreza y en la esperanza.

Vuelvo á decirlo, Señores. ¿Podrá el hombre variar esa ley? ¿Podrá la sociedad conseguir el que la verdad sea su patrimonio, la belleza su adorno, la virtud su culto, la grandeza su carácter, el bienestar su condicion? Todavía seguiremos esta investigacion. Entretanto, me atrevo á creer que sí; que la sociedad puede tener esperanza de alcanzar la posesion de todo esto.

La sociedad, sí, Señores; pero no me lisonjéa la idea de que dejen de ser nunca el error, el crimen, el egoismo, la desgracia y la miseria, condicion ordinaria y posibilidad natural del individuo.

## LECCION UNDÉCIMA.

DEL TRABAJO CONSIDERADO EN LA SOCIEDAD,  
Y DE SU CONCURRENCIA Á LA FORMACION DEL CAPITAL.

### I.

Dice, Señores, un Poeta aleman, que de todas las astucias y habilidades, que se han atribuido al Diablo para influir de una manera perniciosa en la suerte de los hombres, no tiene verdaderamente el Espíritu malo más que una, con la cual le basta y le sobra para la perdicion de la humanidad; y que ésta única é infernal astucia, éste medio é instrumento de todo mal, consiste simplemente en separar de la luz el calor.

¿Quiere hacer de un hombre un malvado? Ilumina con vivísima luz sus ojos y su entendimiento, y le deja helado el corazon, y ateridas las entrañas. ¿Quiere que haya mónstruos de crimen y de pasion, muchedumbres enfurecidas, revoluciones absurdas, guerras impías, y que corra la sangre á torrentes sobre la tierra devastada? Derrama torrentes de fuego en el corazon del hombre, y deja enteramente á oscuras su razon, en profundísimas tinieblas sus ojos, sin guía, sin fanal, sin direccion sus pasos. Luz fria y tinieblas ardientes, hé aquí el origen del mal, la fuente del *error* para el género humano, en el singular lenguaje del poeta austriaco.

Os dejo, Señores, meditar la profundísima verdad, que se encierra bajo la forma un poco estrafalaria de esta vision fantástica, para deciros á mi vez, que en la esfera de las doctrinas, en la region de los principios, en el vasto dominio de los sistemas, así filosóficos como políticos, una de las causas de error, que con más frecuencia se aparecen á nuestros ojos, uno de los errores más capitales, que han extraviado más á los filósofos y á los políticos, á los pueblos y á los Gobiernos, á los hombres de accion, como á los hombres de inteligencia, es la fatal manía de separar, en una cuestion ó en un juicio, en un fin ó en un resultado, en una solucion ó en un problema, en un sistema práctico ó en una doctrina teórica; en separar,—digo,—dos principios ó dos verdades, dos cualidades ó dos condiciones, que van juntas siempre, aunque parecen opuestas y contradictorias; ateniéndose en su criterio á la análisis ficticia, que en apariencia las excluye, en vez de buscar por la síntesis un vínculo que reuna en una conjuncion armónica, ese dualismo de entidades contradictorias, que es la esencia, ó, á lo ménos, la forma de todo sér en la naturaleza, de toda verdad en la filosofía.

Por eso, Señores, Hegel, en medio de sus desvarios, y de las consecuencias lastimosas, que de sus doctrinas han derivado sus flamantes discípulos, ha dejado para la investigacion de la verdad, una fórmula luminosa y un instrumento más eficaz que el silogismo de Aristóteles, en su famoso principio de que toda verdad se compone de una tésis y de una antítesis, esto es, de una afirmacion y de la afirmacion contraria, reunidas por la síntesis, que es la verdad absoluta, á diferencia del absolutismo analítico, que es el aislamiento de una sola de las contradicciones.

Por eso este principio, que parece algo oscuro en la fraseología escolástica, y que alguna vez parece estéril en la limitacion de nuestros conocimientos positivos, es claro, sencillo y luminoso en la práctica; y si no siempre nos revela la verdad, dejándonos frecuentemente en la perplejidad de la contradiccion, nos pone en el camino de alcanzarla, ó nos enseña lo que nos falta para conseguirla, siempre que la observacion constante de dos contradicciones no nos conduce á anular la una, sinó á buscar el vínculo que las encadena á entrambas.

Kant había dicho: «El mundo soy yo.» Hegel dijo: «En el mundo hay lo que es yo, y lo que no es yo; la reunion de estos dos principios, es lo absoluto.» Y nosotros, elevándonos más, decimos: «Es Dios, es la creacion.»

En el mundo, ¿hay materia, ó hay espíritu? La existencia exclusiva del uno es error de los unos; la negacion del otro es la ilusion de los otros. La armonía de ambos es la ley del mundo, es la explicacion de la naturaleza, es la síntesis de la creacion; lo que algunos han dicho que era la hipótesis de la fantasía.

Despues de estas dos preguntas tan serias, permitidme que os proponga una cuestion ridícula. El género humano, ¿es macho, ó hembra? ¿Qué instruido será el mundo cuando pueda responder con la misma carcajada á la mayor parte de las cuestiones que hoy le proponen la filosofía, la política, la economía, la ciencia social!... Hay muchos de esos problemas, Señores, tan difíciles y tan complicados, que no tienen otra solucion, porque no tienen otra dificultad.

La humanidad ¿es buena, ó es mala? Los pueblos, ¿son por derecho libres, ó es ley que sean esclavos? El hombre, ¿ha nacido para obedecer al hombre, ó es soberano

delante de Dios? ¿Ha nacido el hombre para ser venturoso sobre la tierra, ó es verdad aquello de *homo natus de muliere repletur multis miseriis*? ¿Tiene derecho á ser rico y opulento; ó es su condicion indeclinable comer el pan con el sudor de su frente? El fin y objeto de las sociedades y de la vida humana, ¿es la material existencia de este flaco y desnudo animal bípedo, ó dijo bien el que decía: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*?

Las necesidades y derechos individuales ¿bastan para constituir jústicia y derecho en la sociedad; ó por el contrario, nunca hay razon ni justicia en el individuo contra el interés, el poder y la voluntad social? ¿Es natural, y justo, y sagrado el derecho de propiedad individual; ó es la sociedad la soberana propietaria, y no hay en toda propiedad humana más que un precario usufructo ó una abusiva é imprescriptible usurpacion? ¿Es el trabajo libre, independiente, anárquico, concurrente, el modo único y natural de existir de las sociedades humanas; ó reclama el progreso de la sociedad y de la inteligencia una organizacion en la industria, como hace tantos siglos que la ha recibido la guerra? ¿Es sólo inherente al individuo la condicion y el derecho del trabajo; ó es la sociedad á quien corresponde el plan supremo y la direccion de las campañas de la industria humana, como el orden y mando de aquellos otros trabajos, que se llaman defensa y conquista?

Os parecen difíciles, espinosas, inmensamente árduas estas cuestiones todas. Pues bien, Señores, no titubéo en repetirlo, no vacilo en afirmar que dentro de algun tiempo estos problemas así presentados, esas verdades puestas en disyuntiva, esas soluciones formando sistemas opues-

tos, representarán el mismo ridículo papel que la pregunta de que poco hace os habeis justamente burlado: el género humano, ¿es macho ó hembra?

No, Señores; no es ociosa esta cuestion, en cuanto puede ser una fórmula ó un símbolo de tantas otras, como se presentan y se proponen, por no considerar los hechos humanos y los fenómenos de la naturaleza moral como los de la naturaleza física, sinó por uno de los puntos de su múltiple perspectiva. Y si quereis otra fórmula más material y ménos extravagante, aunque no ménos absurda, del modo de presentar estas cuestiones, y de analizar estos problemas, figuraos á dos viajeros, ó á dos geógrafos, disputando sobre si la Suiza es un país de montes, ó un país de valles. Al hombre de sentido comun, Señores, le basta saber lo uno, para estar seguro de que no es lo otro; al filósofo que haya observado profundamente al dualismo de la naturaleza humana, tambien le basta saber la verdad de un hecho, para que se le presente en evidencia el hecho contrario. En esa region, más escabrosa y desigual que las sierras de las gargantas de los Alpes, las eminencias son las que engendran los abismos; la nieve helada de las cumbres la que alimenta los puros cristales de los hondos lagos.

No creais, pues, Señores, inútiles, ó de mero adorno y artificio estas reflexiones preliminares, que con frecuencia,—y tal vez con extrañeza,—me tomo la libertad de hacerlos. En estos tiempos de anarquía filosófica y de tanta libertad de espíritu, en que hay que demostrar los principios más evidentes, ó luchar contra errores acreditados por la autoridad de muchos siglos, las armas del raciocinio se gastan pronto, y estamos en el caso de aquellos trabajadores, que en ásperas faenas y con duros

materiales, al dar principio cada vez á su taréa, tienen que afilar sus herramientas.

Aplicad las consideraciones que acabo de hacer, á las materias que han sido objeto ya de nuestras investigaciones; y veréis cuánto os cumple tenerlas presentes para todas las demás cuestiones, que puedan presentarse en el camino de nuestros estudios.

Así vosotros habéis visto desde luego que el individuo no constituía la sociedad; que la sociedad no bastaba para el individuo; y que los que consideraban á la sociedad absolutamente, así como los que consideraban aisladamente al individuo, iban á parar á consecuencias absurdas, y con frecuencia contradictorias á sus mismos intentos. Nosotros nos hemos procurado poner al alcance de la síntesis, que une la ley social con el derecho y con las necesidades individuales.

Nosotros hemos visto á unos hombres, á una filosofía, y á una política decir al mundo: "El hombre no es nada delante de la grandeza, la fuerza, el derecho, el interés del poder social. Por la sociedad existe: para ella sólo le es dado existir."—Y hemos oído á otra filosofía responder en eco á esta doctrina: "La sociedad es un ente de razón, que no es más que lo que el hombre quiere que sea, y todos los poderes de que la sociedad se reviste, no son más que concesiones que los asociados le han otorgado." Nosotros, Señores, hemos visto ya cómo había verdad en lo que ambos decían, toda vez que había algo más que unos y otros no explicaban, y que explicaba lo que unos y otros no comprendían.

Nosotros hemos visto á los unos afirmar que la propiedad es un derecho puramente individual, y que la sociedad y el poder nada podían sobre este derecho fundamen-

tal y orgánico de la naturaleza humana. Los otros, por el contrario, nos han probado que la sociedad,—sin la cual no habría ni hechos ni derechos,—era la soberana propietaria de todo bien, el absoluto y supremo dueño de todo capital y de todo producto. ¿Y qué hemos encontrado nosotros, Señores? Que los individualistas y los socialistas tenían razón; que el error de unos y otros consistía en ver la cuestión á medias, y en encontrar contradicción donde sólo había dualismo y complejidad; que había propiedad individual y propiedad social; y que, léjos de excluirse, la una había nacido de la otra; que sin la propiedad social, el individuo no hubiera tenido capitales; que sin la propiedad individual, el capital social no se aumentaría, ni sería fecundo.

¿Qué hemos visto respecto de la riqueza? Que la opulencia universal sería la miseria de todos; que la posibilidad de la miseria es el principio de la prosperidad.

¿Qué hemos visto, en fin, Señores, en la cuestión tan debatida, del trabajo, que tenemos pendiente todavía? Hemos encontrado las mismas contradicciones, que encontraremos siempre en todo lo que se refiere á la naturaleza del hombre y á la ley de la humanidad. Hemos encontrado sus males enjendrando sus bienes; sus dolores creando sus placeres; sus goces causando sus privaciones; hemos encontrado, como en todas partes, la luz produciendo la sombra; la agitación, el reposo; la vigilia, el sueño; la vida haciendo lugar á la muerte.

Hemos visto la organización del trabajo social produciendo la esclavitud; hemos visto la independencia y la anarquía del trabajo individual dando por fruto la prosperidad social; hemos visto la libertad del individuo, pernicioso á veces y funesta para el individuo mismo; nun-

ca para la sociedad. Y sólo nos falta para completar esta tarea, considerar el otro aspecto contradictorio ó complementario de la cuestion, examinando hasta qué punto, —además del trabajo individual, cuyas condiciones hemos descrito,—hay tambien en la humanidad, y en cada una de las sociedades humanas, trabajo social y colectivo, sin el cual no pudiera realizarse, ni por un solo día, la condicion primera de la subsistencia del individuo. Y ved aquí, Señores, porqué en ésta, como en las demás cuestiones, nosotros no aspiramos á ser individualistas, ni nos contentamos con ser socialistas. Aspiramos á más: aspiramos á ser sintéticos. Por eso la contradiccion no nos arredra; y léjos de conducirnos al exclusivismo, vamos siempre atentos á encontrar el principio superior de la armonía.

Por eso, Señores, cuando encontramos que ninguna organizacion del capital y de la propiedad conducía á la riqueza general, nosotros no hemos insistido en buscar otra organizacion, que acallara todas las contradicciones del destino material del hombre. Hemos tomado estas contradicciones por su condicion natural y necesaria; y lo que hemos sacado por conclusion, es que la humanidad tenía un destino más alto, y un objeto ménos epicúreo, á que concurrían de consuno la opulencia de los pocos y la escasez y penuria de los muchos. Cuando despues os he hecho conocer que la organizacion del trabajo era imposible sin la esclavitud, y que la libertad individual era la condicion necesaria del trabajo del hombre, yo no pude arredrarme delante de las funestas consecuencias de esta libertad misma, cuya necesidad reconocía. Pero llevado por mi anterior criterio, las he reconocido fatales y necesarias, y espero de esta manera, —más bien que rechazán-

dolas ó suprimiéndolas,—encontrar la ley que las concilia con la felicidad humana.

Así, Señores, un constructor de buques no pretende suprimir ni los huracanes ni las calmas; pero estad seguros de que si no construyera su buque para que resistiera á los temporales, ó para que navegara sin vientos, no se hubiera llegado á atravesar el Océano con tanta seguridad y rapidez, aun en los viajes en que no hay tempestades ni riesgos sobre los mares.

## II.

Hemos asentado, Señores, que la cuestion del trabajo la habíamos considerado solamente por una de sus fases, por una de sus perspectivas, cuando hemos investigado las principales condiciones del trabajo individual; y todavía, Señores, este exámen es diminuto é incompleto.

Sin embargo, este es el único punto de vista, bajo el cual le han considerado los filósofos y los políticos, cuando han querido organizarle.

Cuando el poder social, tratando de someterle á su accion y á su régimen, se olvidó de su mision legítima, por buscar el cumplimiento de lo que estaba en su derecho, y en su posibilidad, quiso tomar por un camino donde sus esfuerzos y sus adelantos no habían de encontrar sinó lo imposible, lo absurdo. Olvidó ó desconoció que el trabajo, reducido una vez á la condicion de trabajo individual, estaba ya organizado, y que este trabajo, esta funcion, sometida á la fuerza misma que le impelia y le desarrollaba, á la actividad é inteligencia del hombre, á su responsabilidad y libre albedrío, no podía

tener otra organizacion que esa libertad misma, cuyos móviles y cuyas limitaciones, cuyos obstáculos y cuyos resortes, dejados á merced de cada individualidad humana, constituían el gobierno directo de la Providencia Divina sobre la economía social, y sobre el destino y situacion de los pueblos y de los individuos.

Para variar esta organizacion, para sustituirse á esta Providencia, para anular esta libertad, la organizacion política ó filosófica tuvo que destruir las condiciones fundamentales de ese mismo trabajo, y esclavizar al individuo, total ó parcialmente, en la direccion de sus fuerzas, en el empleo de sus medios, en el logro ó en la esperanza de sus resultados. En esta taréa absurda ha encontrado el éxito que tendría el intento de quien, para dirigir mejor por la superficie de la tierra el agua de los rios, quisiera variar á su antojo la disposicion de las fuentes ó lagunas, de donde beben sus aguas.

La sociedad se ha creído la fuente, cuando le bastaba ser el cáuce: ha querido sustituir su voluntad á la voluntad del trabajador, y el trabajo se ha paralizado: ha querido sustituir su conveniencia al interés del individuo, y el trabajo se ha tornado infecundo: ha querido sustituir su inteligencia á la necesidad individual, y la produccion ha sido insuficiente: ha querido suplir con la confianza de su poder á la inseguridad de la naturaleza misma, y el trabajo ha sido inerte, improductivo: ha querido sustituir su ley al gobierno de la Providencia, encargándose de la subsistencia de las masas, ó—lo que es lo mismo,—de la reparticion individual de los frutos del trabajo; y la pobreza, y la miseria, y la degradacion de la servidumbre, y las revoluciones espantosas de las muchedumbres esclavas, y las hambres, y las epidemias, y la política de

expoliacion, y las guerras de rapiña y saquéo, y la venganza expiatoria de las naciones saqueadas, y el desfreno de las muchedumbres corrompidas, y la decadencia rápida de las sociedades ociosas, epicúreas é inmorales, y la desaparicion segura de las naciones sostenidas sólo por la fuerza, han venido siempre en tales casos, y bajo toda clase de formas, á hacer cumplida justicia contra aquel sacrílego y descaminado intento.

¿Pero se deducirá de esto que nuestros principios han de tomar un rumbo enteramente contrario? ¿Se ha de concluir de nuestras reflexiones, que la sociedad no tiene existencia colectiva, respecto á la necesidad, á la obligacion, á la funcion del trabajo; y que, si la tiene, no tiene en ella representacion, ni atribuciones, ni responsabilidades, ni deberes?—De ninguna manera, Señores.

Tal juicio sería incurrir en el error que poco hace inculpábamos á los que no consideraban esta cuestion sinó por uno, acaso por el más fácil y más perspícuo de sus aspectos; en el error general ó comun de los que en todas las cuestiones filosóficas tienen por contradictorio todo lo que es opuesto, ántes de averiguar si esa oposicion es complemento ó integracion de la cuestion propuesta y debatida.

No, Señores, no: nosotros no podemos extraviarnos en un camino tan conocido, ni chocar contra unos escollos tan marcados ya en el derrotero de la filosofía. Nosotros nos hemos proclamado,—y no en valde,—demasiado socialistas, para dejar esta cuestion encerrada en los límites estrechos de aquel incompleto é insuficiente individualismo. Nosotros hemos dado demasiada importancia á la vida, á la ley, al principio y al destino social, para dejar ahora á la sociedad, cuando se trata de su princi-

pal funcion externa y de su más ostensible empléo sobre la tierra, á merced de un principio y de una condicion individual, cuando hemos empezado por afirmar que no fué así originariamente, y que es un resultado tardío y lento de la misma sociedad, que trabajó y vivió primitivamente en otras muy distintas condiciones.

No, Señores, no: ésta primitiva y originaria existencia siempre será una necesidad, siempre será la condicion primera, fundamental, de toda asociacion humana; y cuanto más la civilizacion progresa, y la vida individual se ennoblezca y asegure, tanto más la sociedad necesitará asegurar las condiciones de su duracion, de su conservacion, de su engrandecimiento, de su prestigio y de su imperio. Sí, Señores; la sociedad tiene hoy, — como ha tenido ántes, como tendrá siempre y cada vez más, — la obligacion de todo sér vivo, y de todo sér inteligente; la obligacion de conservar su existencia y de trabajar para conservarla; la obligacion de emplear su vida en el destino, que Dios le ha repartido sobre la tierra, y la de dirigir sus fuerzas y su accion, su inteligencia y su trabajo al cumplimiento de este destino.

Por eso, Señores, hemos dado principio á la cuestion del trabajo en una de las primeras lecciones, asentando como verdades de observacion histórica y de necesidad metafísica, que hay trabajo social; que hay capital social; que el trabajo social había precedido al trabajo del individuo; que el capital era una creacion de origen, pura y exclusivamente societario, y que era precisa la accion colectiva de la sociedad, para que el individuo llegara un día á tener medios y recursos, instrumentos y métodos, seguridad y tiempo, para emplear útil y productivamente su libertad y su inteligencia.

Para este trabajo, Señores, sí que necesita organizacion; sí que necesita direccion; sí que necesita leyes; sí que necesita plan convenido y calculado; sí que necesita principios y sistemas; sí que necesita, por consiguiente, doctrina y filosofia; sí que necesita razon y sentimiento, porque necesita inteligencia y autoridad. La inteligencia y el sentimiento, que presiden á las acciones humanas en la esfera individual, están en el albedrío y en las necesidades del hombre, bajo la direccion de Dios, que se ha reservado su impulso y su desarrollo. Pero la accion social no tiene esta libertad; la accion social no tiene su centro y su guía en el entendimiento y en el corazon del hombre. La accion social tiene sus reglas y sus motivos, en aquellos principios y en aquellos hechos, que constituyen las instituciones de poder, y las instituciones de administracion.

La sociedad tiene su conciencia en lo que se llama Derecho público; tiene su inteligencia en lo que se llama razon de Estado; tiene su cabeza en lo que se llama poder y gobierno; tiene su corazon en lo que se llama patriotismo; tiene su actividad en lo que se llama con admirable y gráfica exactitud, espíritu público; sus motivos y sus resultados, en lo que se llama elevacion, engrandecimiento y prosperidad de los pueblos y de las naciones.

Permitidme, Señores, apelar otra vez á la fisiología— como lo hago con alguna frecuencia—en comparaciones que no son simplemente metáforas, porque son transportar á séres colectivos, como lo es una sociedad humana, las leyes, que vemos regir en un sér concreto é individual, que sin embargo es, á su vez, una coleccion de órganos. Hay en el hombre, fisiológicamente considerado, una serie de fenómenos, que no dependen de su inteligencia ni